

El placer de retirarse a los 65 años (o antes)

🕒 06:30 VOTE ESTA NOTICIA ☆☆☆☆☆



A.MAGRO. PALMA. A Arístides Nicanor le acaban de dar el disgusto del año: deberá esperar hasta los 65 para jubilarse. ¿65? Sí, han leído bien, 65. Arístides será uno de los últimos en dejar de trabajar a esa edad, aunque sus planes eran otros. Con sus 61 primaveras confiaba en seguir la senda de otros enfermeros del sistema público y retirarse en unos meses. Pero las cuentas fallan a menudo en la maraña legal con la que se tejen las excepciones que regulan la jubilación anticipada. De ahí el disgusto. "Otros compañeros habían podido, pero me han dicho que los de mi año ya no tenemos derecho. Así que me toca esperar hasta los 64 o los 65", explica este sanitario leonés, que tras 38 años de carrera en Mallorca, suspiraba por empezar a disfrutar de un descanso para el que ya había soñado unos cuantos placeres. "La tierra es la tierra. La idea es ir unos meses a León y pasar el resto del tiempo aquí".

Así que el tapeo por las tabernas del Barrio Húmedo leonés tendrá que aguardar un poco más. "Al menos no es hasta los 67", cuenta, sin perder la sonrisa, consciente de que será uno de los últimos privilegiados que podrán cobrar la pensión con 65. "Si me tocara a los 67 me sentaría fatal. Con el país como está, viendo la de enfermeros jóvenes que no encuentran trabajo, no entiendo esta barbaridad de que los que estamos nos quedemos más. Aunque quieras, la edad no te deja", zanja, antes de seguir camino hacia el tajo, que el turno en Son Dureta no perdona.

Más suerte que Arístides ha tenido Francisco García, un bombero conductor que acaba de convertirse en jubilado. Sus 61 años sí valen para colgar la manguera. Lo cuenta ufano a la salida de la sede de la Seguridad Social, a la que acude para chequear sus cuentas. "La verdad es que no puedo quejarme: el Ayuntamiento me ha dado la opción de prejubilarme con el 100% del sueldo y he aceptado sin dudar. No está el panorama político como para dudar." Y menos cuando tu trabajo es luchar contra el fuego. "Voy a echarlo de menos, pero si me dicen que me jubilo a los 67 años me da algo –confiesa entre risas–. Eso es una burrada. A partir de los 60 ya no estás para un servicio contra incendios o para colgarte de un andamio como un albañil. La voluntad sigue fuerte, pero la espalda y los brazos no dan para subir una escalera con la manguera a cuestas".

Así que ya no lo hará más: Francisco ha decidido cambiar las llamas y el humo por el huerto de su casa en Son Sardina. También piensa dedicarle tiempo a los cinco nietos que le han dado sus cinco hijos. Y para celebrarlo, ya ha reservado un viaje: "Me voy a Canarias con mi mujer, que en 35 años de trabajo no he podido".

Aunque jubilarse no siempre significa disfrutar. Que se lo cuenten a Catalina Amer, una camarera de hotel que con 64 años se prepara para no hacer más camas que las de su casa, pero sabe que se le vienen encima tiempos de malabarismos financieros para llegar a fin de mes. "Llevo 40 años trabajando en la hostelería y me va a quedar una pensión enana". Ella, como tantos trabajadores del turismo mallorquín, es víctima de un sistema que no hace excepción con los fijos discontinuos. El resultado es que tras cuatro decenios enlazando sueldos de verano con inviernos en el dique seco, Catalina recibirá menos de los 700 euros que marca la media. "Al menos tendré tiempo para las nietas", se consuela, aún sacudida por la delgadez de la que será su pensión.

Más del doble cobra Carlos Jiménez, que a los 62 años aparcó para siempre las herramientas de reparar aviones. Su pensión está muy por encima de la media, pero no está conforme: como le contaron solo los últimos quince años, la cifra encogió sustancialmente. "Cuando te cogen con más de 50 años de edad no te respetan el salario. Y ese fue mi caso. Yo cobraba muchísimo más antes de entrar en los

últimos quince años de vida laboral". Menos suerte tiene su mujer: después de cuatro décadas entregada a criar cinco hijos y tras años trabajando como peluquera cada vez que la familia le dejaba un hueco es muy probable que su tiempo de cotización no le dé ni para la pensión mínima. "A las mujeres no se les reconoce lo que hacen. Se dejan la vida para levantar la familia y luego no tienen derechos", se lamenta Jiménez, al que la jubilación le gusta, pero sus consecuencias, no. "¡Es que ahora toca andar detrás de los nietos! ¡Y no es voluntario! Te los ponen como deberes", bromea este ex mecánico sevillano, que piensa disfrutar del retiro en la isla en la que vive desde 1962. "Se disfruta lo que se puede. Lo que no se puede es trabajar con cierta edad. A mi con 62 años no me daba para agacharme para currar. A la edad no la puede nadie".

Y pese a ello Carlos Jiménez se retiró obligado: su marcha evitó el despido de un compañero más joven. "Así cuesta menos", reconoce, calcando el discurso de Rafael Sorribes, un financiero que se retiró a los 60 a regañadientes. "Me hubiera esperado a los 65, pero no me dejaron", recuerda, antes de subrayar que aún tenía mucho que aportar. "Igual no me daba tanta maña con el ordenador, pero sí tenía experiencia para resolver situaciones que los jóvenes no habían afrontado nunca". Ahora su trabajo es "ayudar". "Le echó una mano a la mujer y disfruto de la familia y de la vida", resume Rafael con la sonrisa del que se sabe privilegiado: se jubiló antes de los 65 años, y como él solo habrá otros 24.000 mallorquines más. Al resto les tocará esperar más o cobrar menos: como a Arístides, les han dado el disgusto del año.